

regalo de cumpleaños

Una silla de ruedas se atravesó en mi camino. Los soportes de plástico y metal donde el anciano apoyaba sus pies golpearon mi pierna. No pidió disculpas. Sonrió. Me apuntó con su índice –un dedo huesudo, largo y afilado– y me preguntó si podía regalarle un bolígrafo. Le miré al rostro, me resultaba muy familiar su nariz aguileña, los ojitos cansados y aquella barba no muy tupida y cana. Sin dudas, el anciano era el calco del viejo Jefe de Estado y Gobierno.

–¿Podrías regalarme un bolígrafo? –dijo.

El anciano peinó con sus dedos las pelusas grises de su cabeza y la barba. Luego de alisar los pliegues de su mono deportivo Adidas me señaló con el índice afilado y dijo ¿Tú crees que sea una dicha cumplir ochenta años?

Di un paso atrás. Justo ese domingo de agosto el Presidente cumplía años. Precisamente ochenta. Y aquel anciano, que había salido a mi encuentro para pedirme un bolígrafo y cuyo rostro y maneras eran demasiado parecidas a las del viejo Jefe de Estado y Gobierno, me preguntaba si era una dicha llegar a esa edad. Advertí que había puesto las manos en las ruedas de su sillón, pero no supe sino cuando sentí un fuerte golpe en mi pierna que lo hizo para tomar impulso.

–¿Tienes un bolígrafo, por favor?

El dolor me acuchillaba la piel, los músculos, el hueso. Me agaché. Mientras remangaba la pata de mi pantalón se acercó para preguntarme si estaba herido.

Le mostré la pierna.

Me había golpeado dos veces sobre la misma tibia. Nada de sangre. Por suerte.

Si algún detalle me llevaba a pensar que el anciano no podía ser el Presidente era *La Proclama*. En aquel texto, publicado en la prensa y escrito con su puño y letra, el viejo Jefe de Estado confesó su delicado estado de salud. El estrés, las pocas horas de sueño y una crisis intestinal aguda lo llevaron al quirófano. En *La Proclama* advirtió que el proceso de recuperación sería largo. Muy largo quiso decir.

–No estoy herido –dije–, pero mañana tendré dos moretones.

–¿Hematomas? Eso no es nada, chiquito, cuando quieras saber de accidentes en la pierna llámame y te diré.

El anciano se inclinó para mirar y me pronosticó unas horas de dolor. Mañana no recordarás el golpe, soy muy bueno en los pronósticos, créeme, yo sí sé cuándo algo es en verdad muy serio, ¿ves esto? En la rodilla de la pierna izquierda tenía una cicatriz, también me advirtió que tuviera cuidado con los insectos mientras señalaba, en el mismo pie, la huella de una picada.

–¿Alguna vez te fracturaste la rótula, chiquito? ¿Sabes algo de la linfangitis? Si tienes dudas o te accidentas llámame y te diré qué hacer, recuerda siempre que soy muy bueno con los pronósticos.

Intentó bajar la pata de su mono deportivo, pero le costaba doblar el torso. Sentí un leve quejido. Tosió. Me agaché, ¿Se siente bien?

Sin embargo me esquivó.

–Es la operación –dijo, sin mirarme, y con el índice apuntó a su vientre.

Vi en el rostro del anciano un leve gesto de dolor.

–¿Le ayudo?

Estaba anocheciendo y quería regresar temprano a mi apartamento. Volví a preguntarle si necesitaba ayuda y tampoco respondió. Pensé que no valía la pena insistir, antes de despedirme lo felicité por su cumpleaños y le deseé una gran noche. Cuando me dispuse a hacer el camino de regreso a mi casa impulsó la silla, se atravesó en mi camino y me preguntó si tenía un bolígrafo.

Revisé en mi bolso, tenía dos.

Saqué una de las Bic, las había comprado el día anterior. Tinta negra, se deslizan muy bien sobre el papel. Son baratas. Son las que siempre compro.

El anciano extendió su mano. Al acercarle mi Bic me apuntó con el índice. Entonces nos miramos. A los ojos. Fijamente. Y delante de mí tuve aquella nariz aguileña, los ojitos cansados pero todavía vivaces, las pelusas grises de la barba y el pelo, y una fugaz contracción de los músculos del rostro.

–Eres muy amable. Lo tomaré como un gran presente, si no lo sabías hoy cumpla ochenta años. ¿Será una enorme dicha cumplirlos, chiquito?

Eran las siete de la noche de un domingo de agosto. Exactamente era un 13 de agosto del año 2006 y estábamos en una avenida de El Vedado. En la intersección de 23 con la calle I me había salido al paso aquel anciano recién operado en el vientre, que para mayor coincidencia cumplía años justo el mismo día que el Presidente.

–Felicidades –puse el bolígrafo en sus manos.

Le quitó el casquillo. De un bolso colgado de los manubrios del sillón sacó un bloc azul. En la última hoja comenzó a garabatear.

Le dije que el bolígrafo era nuevo e hizo un gesto con su cabeza y la mano. Sin dudas me escuchó, un leve gesto lo indicaba, sin embargo no dijo nada y siguió con sus garabatos.

Lo dejé hacer.

Mientras, miré a los alrededores.

Estábamos solos en una esquina de El Vedado.

A pesar del gran parecido entre ambos el anciano no podía ser el viejo Jefe de Estado y Gobierno. El cuerpo de seguridad personal no parecía andar por los alrededores –tampoco el equipo médico que seguramente debía monitorear durante todo el día la salud del Presidente–, el tráfico no había sido interrumpido y ni los Mercedes blindados ni el resto de los autos y motos que antecedían y cerraban la caravana presidencial estaban estacionados en la avenida.

–¿Quieres arreglarme el pantalón? No puedo hacerlo, ayúdame –dijo, sin mirarme.

Ya no dibujaba garabatos, tenía frente a sí las primeras hojas de su bloc y hacía pequeñas marcas en varios párrafos que al parecer había escrito antes de encontrarnos.

Volví a mirar a los alrededores, nadie cercano a nosotros parecía pertenecer a un supuesto cuerpo de guardaespaldas o al team médico. Era la misma ciudad de todas las noches, porque el cotidiano flujo de personas y autos se mantenía a lo largo de la avenida y en las intersecciones. Incluso, por nuestra acera se acercaba un grupo de adolescentes.

–¿Qué te tiene tan nervioso? Tranquilo, chiquito, sabes que estoy solo. ¿Crees que este domingo será una dicha para mí?

Me agaché. Las piernas del viejo eran flacas, pálidas. Vi entonces la cicatriz en la rodilla. Unas puntadas muy finas. Quería tocar la herida. Lo haría, quería tocarla y debía hacerlo, con mucho cuidado, al bajarle la pata de su mono deportivo.

Escuché risas. Miré arriba. Del grupo de adolescentes dos muchachas todas de negro y piercings señalaban hacia nosotros. Uno de los varones del grupo dijo que el supuesto viejo Presidente se parecía al viejo Presidente, ¿Le cantamos un *Happy Birthday*? Las muchachas dijeron sí, se tomaron las manos y comenzaron a cantar.

Los vi alejarse.

Y vi que el anciano se volvió para verlos.

Sonreía.

Cuando los perdió de vista me preguntó si estaba apurado.

Mi único plan era regresar temprano a mi casa. Quería llegar, tomar un baño, comer y acostarme, tal vez pondría un poco de música antes de dormir. Era mi plan y se lo dije.

–Qué bien que tengas un plan –dijo sin mirarme–, me alegro por ti.

Le di unas palmadas en el hombro.

Dejó la Bic sobre el pequeño cuaderno de notas y tomó mi mano. El anciano tenía las manos tibias. Tosió. Es bueno tener un plan para una noche de domingo, chiquito, no sabes cuánto me alegra haberte conocido.

Antes de marcharme le deseé una gran noche.

Mientras hacía el camino rumbo a mi apartamento me llamó la atención un enorme cartel colgado en la fachada del caserón de la Unión de Periodistas. Era una enorme tela azul rotulada con letras blancas: *80 y más*. Se movía bajo las suaves andanadas del viento. El cartel, que se podía leer desde lejos, tenía impresa solo aquella frase. Dos dígitos y cuatro letras sobre un fondo azul, muy oscuro, nada más, una frase tan breve como el mensaje que el viejo Jefe de Estado y Gobierno escribió para ser publicado en la prensa el día de su cumpleaños. El mensaje estaba ilustrado con varias fotos y desde las páginas del diario el viejo Presidente sugería a los lectores que fueran optimistas y se prepararan para escuchar cualquier noticia adversa. Tal vez muchos esperaban un texto más alegre –al menos yo lo esperaba–, sin embargo, justo el día de cumpleaños ochenta, de su puño y letra y con todo el aplomo posible nos advertía que debíamos prepararnos para lo peor.

–80 y más –dijeron tras mi espalda, era la voz arenosa del anciano del sillón de ruedas–. Qué bello el cartel, chiquito, me gusta, ¿acaso será una dicha cumplir 80 y más?

Si en verdad el anciano era el viejo Jefe de Estado y Gobierno aquel domingo de agosto transcurriría sin novedad. No habría ninguna noticia adversa. Salvo la imposibilidad de doblar el torso parecía estable. Y lo estaba, porque al escuchar su voz me di la vuelta y lo ví impulsando su sillón en dirección hacia mí. Supuse que me estuvo observando desde el momento mismo en que nos despedimos. Tan pronto me vio reparar en él dijo que fuera a su encuentro.

Ya estaba casi frente a él cuando impulsó la silla.

Y no pude esquivarlo. Los agudos latidos volvieron a encajarse en mi pierna. La misma.

–Es muy bueno tu bolígrafo. Cuántas ideas me venían a la mente y yo sin poder anotarlas. Cientos de ideas, miles de ideas,

millones de ideas, chiquito. Temía perderlas –levantó su brazo y apuntó con mi Bic al cielo–. Es el mejor regalo del mundo. Por cierto, ¿tienes algún plan?

Negué con un gesto.

Y miré a su rostro.

El anciano peinó su barba y sonrió.

–Yo sí –dijo–. En mi próxima reencarnación quiero ser escritor. ¿No es un gran plan? ¿Te gustaría serlo?

Me encogí de hombros. Para esta vida solo me había propuesto darle sentido y forma a tres proyectos. Uno dependía de varios bocetos que se resistían a pasar del simple esbozo de las ideas –tenía varios pliegos de cartulina, tempera y pinceles, pero no me decidía por ninguno de los bocetos–, la serie de fotos que quería hacer esperaba por la respuesta de dos modelos, el tercer proyecto era una tozudez aparentemente cercana a la literatura: una suerte de bitácora o cuaderno personal. Ahorré dinero para hacer mis proyectos, también decidí participar en un ciclo de charlas sobre literatura y filosofía, además le propuse a un amigo escritor y fotógrafo –en cuyo récord tenía un par de exposiciones personales, otra colectiva y tres libros publicados– trabajar a dúo en la serie de fotos. Le dije al viejo que ese era mi plan o parte de mi plan para esta vida, Nunca pensé en la reencarnación.

–Aunque no lo creas lo que me has dicho también es literatura, pero presumo que no tienes un verdadero plan. Le veo muchas lagunas. Piénsalo bien, chiquito, hazte de un verdadero plan y piensa desde ya lo que te gustaría ser en tu reencarnación. ¿Qué prefieres leer?

Hice un inventario de cuanto tenía en mi biblioteca: mucha ficción, ensayos, una famélica colonia de poetas, Soy un pésimo lector de poesía.

Sonrió.

Hizo una mueca.

Tosió y dijo Ten en cuenta las lagunas, las tienes, debes trabajar en ellas, pero eso lo harás a partir de mañana, anda, vamos.

El anciano hizo una aparatosa maniobra para impulsar su sillón hasta el bordillo de la acera. Una vez junto al contén pidió ayuda, quería bajar a la avenida. Tan pronto alcanzó el asfalto dijo que prefería hacerlo solo.

Íbamos por 23 en dirección a L, avanzábamos calle abajo contrario al tráfico. A mitad de cuadra me brindé para ayudarlo a

impulsar el sillón de ruedas. Pero se negó. Y seguimos. A ratos lo miraba, pero con el cuidado de no ser sorprendido.

Al anciano le resultaba imposible ocultar las contracciones de su rostro cada vez que el sillón se sacudía al caer en algún pequeño bache. Cuando apenas faltaban unos metros para llegar a la esquina de 23 y L me preguntó si tenía algún plan.

–¿Y tú tienes alguno? –dije.

–¿Te parece bien entrar a Radio Centro y ver una película? Me gustan. ¿O prefieres ir al mar? Te pregunto porque hoy es mi cumpleaños. He cumplido ochenta. ¿Qué piensas de eso? ¿Es una dicha? Me gustaría saber qué piensas, pareces un buen tipo, no eres de los que mienten, al menos eso es lo que leo en tus ojos.

El anciano me dio un codazo y se impulsó justo cuando el semáforo cambió a verde. Los automóviles que cruzarían 23 para continuar su rumbo por la calle L se habían puesto en marcha, sin embargo el anciano no se detuvo. Se escucharon gritos, chirridos de neumáticos, palabrotas y maldiciones. Cuando el semáforo para peatones indicó el cruce intenté alcanzarlo.

–Vamos al mar –dijo una vez llegué a su lado.

Seguimos contrario al tráfico rumbo al malecón. Íbamos en silencio, yo caminaba sobre el contén y él a cierta distancia del bordillo. Temerario. Sin proponerle nada bajé a la calle y decidí ponerme a su derecha para obligarlo a acercarse al contén, porque la avenida 23 dejaría de ser una pendiente suave en tan solo unos pocos metros. Los dos lo sabíamos. Ante nosotros tendríamos una larga y brusca caída. El anciano contuvo la marcha, me tomó una mano.

–¿Podrías llevar las riendas de mi vehículo?

Nos miramos.

Tras una muequita con sus labios sonrió y dijo Me he acordado de algo, ya sabes, necesito tomar unos apuntes, no es más que un par de notas, pero sabes que tengo un gran plan para mi reencarnación.

Asentí. Le di un suave apretón en el hombro. De haber sido aquel anciano el viejo Presidente ya no era el militar corpulento que yo tenía en mi memoria. Al ponerle la mano sobre el hombro toqué puros huesos. Sin embargo pesaba. Y me costó no ceder ante la inercia con la que ya comenzábamos a andar

pendiente abajo. Al llegar al primer semáforo me detuve. Se volvió hacia mí, sus ojitos cansados se encendieron, eran dos pequeñas teas. Pero no dijo nada. Abrió su pequeña libreta y comenzó a escribir.

El camino hasta el litoral transcurrió en silencio. El anciano estaba absorto en sus notas y yo lo miraba hacer mientras me encargaba de llevarlo, sano y salvo, al borde mismo de la isla. Solo interrumpió sus apuntes cuando llegamos a la avenida que se extendía a lo largo del malecón.

–Lo haré solo, conduces como una niña. No eres temerario al volante y te temo, no puedes imaginar cuánto miedo me das. ¿O acaso me equivocó y sí eres un tipo diestro con el timón? Yo no lo veo en tus ojos y tampoco tienes un verdadero plan. Pero eso no importa, no sabes cuánto me alegra haberte conocido, ha sido una verdadera dicha.

Solté el manubrio.

Me dio un codazo.

–Por favor, chiquito, no te retrases –dijo y me dio su bloc de notas para que lo guardara en su bolso–. Ponte al lado mío.

Comencé a caminar junto a él.

Gritos, chirridos de neumáticos. Palabrotas y maldiciones. Las duras miradas de los conductores se encajaban sobre nosotros, sin embargo el anciano seguía impulsando el sillón, sin mirarlos. Y también ignoraba los rostros atónitos de los transeúntes y de quienes decidieron terminar aquel domingo sentados en el litoral.

Al llegar al bordillo de la acera opuesta se levantó. Mientras lo hacía contraía el rostro y se apoyaba de las barandas de la silla de ruedas. Me espiaba con el rabillo del ojo, así supo que lo observaba, entonces se alisó las pelusas grises de su barba y la cabeza. El anciano tragó una gran bocanada de aire y llevó sus manos a la cintura. Con pasitos cortos se acercó al largo muro del Malecón. Justo en el momento en que me disponía a poner el sillón junto al muro, con su índice afilado me prohibió hacerlo. Déjalo ahí, chiquito, déjalo parqueado ahí si no te es molestia, por favor, por cierto, necesitaré mi libreta de apuntes y la prensa. Tráelos, chiquito, están dentro de mi bolso.

Decidí llevarle el bolso para que fuera él quien los buscara.

–¿Me ayudarás a subir? –dijo un par de palmaditas sobre el muro.

Con ambas manos tocó el muro, las deslizaba como en una añorada caricia. Cuando me vio junto a sí dijo Estoy esperando, chiquito, ayúdame de una vez.

Nos sentamos en el muro.

Los pies colgando sobre el arrecife.

Se volvió hacia el faro de la bahía. El cono de luz caía en picada sobre el mar, giraba y en su barrida dejaba al descubierto las esquiras de agua y salitre al romper las leves olas contra las rocas. De espaldas a mí extendió su mano abierta y sobre ella puse el bolso. Del interior sacó el bloc, del bolsillo de su guerrera Adidas el bolígrafo.

Mientras escribía me dispuse a leer la prensa. Releí el mensaje que el viejo Presidente había escrito. Vi su firma, también la enorme foto en la portada. *Me siento muy feliz* –decía el titular–. A pesar de que sus ojitos parecían cansados en las pupilas estallaban dos puntas de luz. Y sonreía. *Me siento muy feliz, chiquito* –lo imaginaba hablándome desde las páginas del periódico–, *¿no será una dicha cumplir ochenta años?, ¿será?*

Aquella edición dominical del *Juventud Rebelde* tenía un dossier dedicado al cumpleaños del viejo Jefe de Estado y Gobierno. El carboncillo de dos pintores había convergido en sus trazos para dibujar un tocororo posado una palma. El pequeño pájaro nacional, con el grado militar del Presidente incrustado en las plumas del pecho, descansaba –sobredimensionado y con un ala abierta– encima del árbol. La palma real se doblaba bajo el peso del desproporcionado pajarito. Dentro del dossier había otros dibujos, fotos, incluso una caricatura. El Presidente, en una de las fotos, sostenía dos trofeos y hablaba con Ernest Hemingway. Uno de los artículos los firmaba García Márquez, en el texto pude leer que el propio Jefe de Estado dijo *En mi próxima reencarnación quiero ser escritor* –según García Márquez el viejo Presidente gustaba de escribir y lo hacía bien, incluso dentro de su Mercedes en marcha, en unas libretas de apuntes empastadas en plástico, que siempre tenía a mano–. Si el viejo Presidente deseaba en su otra vida convertirse en un escritor algo había adelantado para su futuro proyecto de escritura. Y recordé entonces el gran plan que el anciano de la silla de ruedas había tramado para su supuesta reencarnación. Pero la luz de las farolas de la avenida no era suficiente

para leer los artículos. Decidí leer al azar y en otro artículo encontré un fragmento que fue publicado en el *Miami News* en abril del 59. Era parte del testimonio de un deportista y pescador de Arizona que viajó a Cuba en plan de turismo. El americanito contaba que el viejo Presidente, por entonces un atlético mozo de treinta y tres años, vestido de oliva, con grados de comandante y el cargo de Primer Ministro, se paraba en el bote y le destrozaba los nervios y quebraba el monótono ruido del motor fuera de borda con los disparos de una ametralladora. El atlético Primer Ministro le disparaba a las agujas que nadaban en la Laguna del Tesoro, también a los patos.

Dejé la lectura y salté a la página última del diario. Comencé a comparar los detalles de cada foto con el rostro que, desde las siete de la noche, tenía frente a mí.

–¿Qué haces? –dijo.

Me sorprendió mirando su perfil y a la página del periódico.

No pude sino decirle la verdad.

Sonrí.

–Son bastante buenas –comenzó a peinarse la barba con los dedos y también alisó las canas de su cabeza–. ¿Te parece? ¿Sabes que precisamente hoy es mi cumpleaños? Y estoy aquí, frente al mar, escribiendo, solo, sin que nadie me moleste.

El anciano notó mi entrecejo fruncido, me dio un codazo, luego puso sus dedos en mi mentón y lo sacudió suavemente. No te molestes, chiquito, es una manera de decir, tu reacción ha sido una gran lección para mi plan, sabes que tengo un gran plan –y me dio otro codazo–, en tus ojitos veo que tienes talento para las artes y las palabras, sabes apreciar pero necesitas entrenamiento.

Intenté decirle que había tenido una tonta reacción, pero puso su mano en mi boca y dijo Solo quise preguntarte o preguntarme cuánto de dicha tiene cumplir ochenta años y a la vez estar sentado frente al mar escribiendo.

–¿Es una dicha? –preguntó.

Y volvió a taparme la boca.

–Ya sé que dirás. Por cierto, también he tenido suerte al encontrarte. Gracias por el regalo, es muy útil para mi plan. Tengo un plan y te contaré de qué va...

Hizo silencio. Le pregunté qué le sucedía. Tenía una operación en el vientre, le dolía y estábamos frente al mar, tragando el

salitre, al amparo de la madrugada luego de un largo trayecto en una silla de ruedas. Temí una recaída, volví a preguntarle, pero me puso nuevamente la mano en la boca. Con su índice afilado señaló hacia el mar. Cada vez que el haz del faro barría la superficie develaba los contornos de un bulto a la deriva.

–¿Es un submarino o un iceberg? –dije esperando su sonrisa.

–Carajo, chiquito, deja descansar a Hemingway. ¿Crees que era el más grande, que todo lo que hizo era bueno? Cazaba, iba de pesquería, tenía un cementerio de perros en el patio de su casa, fue a la guerra y escribía. Pero no era infalible. Créeme, lo vi en sus ojos. Recuerda, en todo plan hay lagunas, recuerda siempre que se pegó un tiro con el dedo gordo del pie.

–Creo que es una balsa. Es un pescador.

–Mira bien, chiquito. ¿O necesitas unos prismáticos? Tengo uno en el bolso, sácalos. Y mira bien. ¿No te parece que eso es un sarcófago?

El bulto navegaba no muy lejos de la costa. Pero era de noche y se diluía en la bruma. Esperé a un par de barridas del haz del faro. El anciano tenía razón: frente a nosotros, a varios metros del arrecife, flotaba un sarcófago.

–¿No te parece una bella imagen? Me gustaría escribirla. Es bella la imagen de un cadáver navegando dentro de su caja. Un muerto que navega frente al país donde nació, el mismo país que navega junto a él. Aunque no estamos muy seguro de que ese muerto sea un cubano. ¿Ese muerto será nuestro? Debería serlo.

Sentí un fuerte golpe en mis costillas.

Nos miramos.

Me había dado con el codo.

–Y lo será –dijo–, ese muerto será nuestro, carajo. Chiquito, tenemos un hallazgo, ¿no sientes que nos movemos?

No quise recibir otro codazo y le respondí que teníamos todo un hallazgo literario.

–Me gustas, eres muy listo. ¿Qué crees de esta imagen?: Un país desprendido del lecho marino que flota a la deriva. Es una bella imagen. Escribiré eso. Por cierto, ¿te gusta la literatura?

–Prefiero la ficción, también leo ensayos...

–Seguro eres un pésimo lector de poesía –dijo, no me dejó terminar–. Lo veo en tus ojos, no puedes mentirme. Ah, la literatura... La literatura es algo tremendamente bello. Dentro de la literatura, todo. Recuérdalo, pero no lo tomes como un consejo sino como un mandamiento.

Tres veces repitió la misma frase. La primera vez me apuntó con su índice afilado, en la segunda repetición me hincó con su uña en el hombro. En la última encajó la punta de su índice en las páginas del bloc.

–¿Quién irá navegando dentro del sarcófago? Es una buena pregunta –se hablaba a sí mismo, en voz alta–. Es una gran pregunta, un hallazgo para mi futuro plan.

Me dio un codazo:

–Un cadáver recorre las aguas que rompen en el arrecife. El sarcófago, manchado por la mierda de las gaviotas, deja una pequeña estela mientras bojea una isla que va a la deriva... ¿Te parece un buen inicio, chiquito?

Alzó el brazo y apuntó al cielo con la Bic.

Tragó una gran bocanada, miró al faro del Castillo de los Tres Reyes del Morro y se dio unos golpecitos en el pecho.

Entonces comenzó a escribir.

Ahmed Echevarría
LaHabana 74